



CARLOS
MURCIANO
Sonetos para ella

Prólogo de
Carlos Aganzo

SONETOS PARA ELLA

Carlos Murciano

SONETOS PARA ELLA



ARS  POETICA

Carlos Murciano

SONETOS PARA ELLA

Prólogo de
CARLOS AGANZO

colección

| BEATUS ILLE |



Sonetos para ella
Carlos Murciano

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: Ilia Galán

Collage de interior: Carlos Murciano

© 2018 Carlos Murciano
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. Administración: (+34) 985 792 892
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1^a edición: octubre, 2018

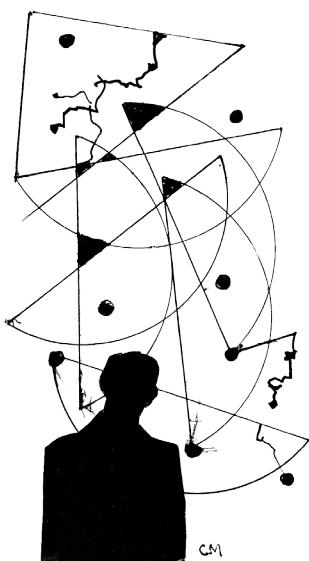
ISBN (edición impresa): 978-84-949124-9-8
ISBN (edición digital): 978-84-17691-00-4
Depósito Legal: AS 02245-2018

Impreso en España
Impreso por Quares

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A ti, siempre



LA LUZ DE LOS CORAZONES

Si hay un poeta español que vive no en los pronombres, sino en los endecasílabos, ése es Carlos Murciano. En los endecasílabos, con algún alejandrino por añadidura. Siempre con acrobacia de vencejo en su escritura más volandera, pero siempre sin perder de vista el abrigo de las piedras miliares de la poesía. En su caso del soneto.

Ya por filiación, ya por devoción o biografía, Carlos Murciano ha tenido y tiene en la música su manantial poético más verdadero. La música de los instrumentos —con su Mozart, su Händel, su Chopin, su César Franck—, pero también la música de la palabra, ésa que, de ordinario tan

interior, enciende el sentimiento, provoca al pensamiento y los lleva a los dos hasta territorios inexplorados.

Quiso despedirse Carlos Murciano de la poesía – de la poesía publicada, se entiende – con un último libro, *Desde otras soledades me llamaban*, una demostración postrera de la altura a la que ha conseguido levantar el poeta de Arcos a la que seguramente es la estrofa clásica en la que mejor se expresa la poesía española. Cuando lo concluyó, sin embargo, anticipaba – «lo cierto es ya lo incierto» – la entrada en una nueva etapa de su vida, marcada en esta ocasión por la enfermedad y la muerte de su esposa, Antonia. Y al final la querencia, la fidelidad, la propia llamada del amor y de la poesía, han querido que aquel último fuera el penúltimo. Y que el canto del cisne, el homenaje poético a su compañera de tantos años, cerrara al fin con un broche de oro una historia que se inició casi con el propio arranque literario del autor.

Escritos a lo largo de sesenta años, entre 1958 y 2018, los sonetos que componen esta suite dan cuenta de una maravillosa historia. La historia de un escritor que identifica su vida – sus anhelos, sus hallazgos, sus intuiciones, sus desasosiegos... – única y exclusivamente en la relación con su amada, en la superación de una frontera, la que se-

para el yo del tú, cada vez más difusa. Sonetos que hablan de amor, de encuentros y de ausencias; de pequeñas escenas familiares y de grandes interrogaciones metafísicas; de la construcción «hombro con hombro» de una vida y de la destrucción también de un mundo entero a causa de la muerte; de escenas íntimas y de lucubraciones esotéricas sobre acontecimientos tan extraordinarios, por ejemplo, como la entrada de la nave Juno a la órbita de Júpiter o el descubrimiento de la estrella Trappist 1 con sus planetas.

Sonetos donde brillan por igual el ritmo y la articulación lingüística del verso. Donde ni los pies métricos ni la cuenta de las sílabas son un corsé, sino más bien todo lo contrario: un trampolín sonoro desde el que lanzarse al hallazgo de nuevos contenidos, de nuevas emociones. Donde ni siquiera el gusto por los títulos tradicionales —«Dice aquí el poeta...», «De lo que sucedió...»— logra esconder una verdad palmaria: que la poesía de Carlos Murciano es hija absoluta de su tiempo.

Pues, lo que en *Desde otras soledades me llamaban* languidecía, reverdece y se manifiesta con una fuerza poco común en *Ella*. Reverdece en el amor. Pero también en el dolor. Reverdece en la ausencia. Pero también en la presen-

cia milagrosa —la playa, una azucena, un mirlo...— de aquello que perdura más allá de la vida y de la muerte. Reverdece en esa otra verdad que es siempre la verdad poética. «Tú te habrás ido. Y yo también. Un día / seremos solamente un gran vacío», decía el poeta antes de la desaparición de su compañera. Y añade ahora, en su Credo final frente a la realidad de la amada inmóvil: «Creo en la soledad y en el vacío / y en el hierro que tengo en el costado; / creo en mi verso, tan desesperado, / y creo en este fuego y este frío». Todo ello antes de sentenciar: «Creo en la luz de nuestros corazones». En dos cuartetos y dos tercetos, el milagro eterno que obra, cuando es verdadera, la fe en la poesía.

CARLOS AGANZO

Valladolid, julio de 2018

NOTA

Estos sonetos fueron escritos entre 1958 (el que abre el conjunto), y 2018 (los inéditos que lo cierran), en un período de sesenta años, revelador de una absoluta fidelidad amorosa y lírica. Reunidos aquí, pretenden devolver a quien fuera mi mujer y mi vida, algo —poco—, de lo mucho que ella me dio.

Antonia Maínez Benítez nació en Arcos de la Frontera (Cádiz), el 25 de abril de 1933, y falleció en Madrid el 21 de febrero de 2018. Pero sigue a mi lado.

C.M.

CON ELLA

*Vivir era saberte,
tan cerca de mis manos...*

C.M.

DEFINITIVAMENTE

Definitivamente he vuelto. Mira
—última vez— mis ojos de lejano.
Lejos estuve, sí, mas no fue en vano.
Definitivamente, amor, delira.

Delira, y nada temas, que de lira
me vestí el corazón. ¿Frágil vilano?
Brújula roja. Mírala en mi mano:
a ti definitivamente gira.

Vengo por ti, niña del Sur, mi norte.
Muerta de tiempo me esperabas viva
y el tiempo ya no es cosa que me importe.

No volverás jamás a ser la ausente.
Vendrás conmigo, sí, definitiva-
mente, sí, amor, definitivamente.

HABLA AQUÍ EL POETA A SU HIJA PEQUEÑA DE CUANDO LA AMADA ERA LEJANA

La sonata

Verás, Marilia: Entonces no tenía
a nadie, andaba yo como perdido;
mis ventanas se abrían al olvido
y mi balcón a la melancolía.

Mamá andaba muy lejos todavía.
allá en el Sur, con el amor crecido.
Y un día subí al tren, bien decidido
a no volver si no me la traía.

Y la traje conmigo. Otoño helaba,
mamá callaba y yo, ya ves, temblaba.
Así que dejé a Händel que dijera.

Y fue el adagio y desató sus lazos
y ella rompió a llorar entre mis brazos
lo mismo que una niña. Lo que era.

SONETO PARA EMPEZAR UN HOGAR

Esto ya es cosa nuestra, esposa. Es cosa
nuestra, esposa: tan sólo tuya y mía;
los dos a cintarazos de alegría,
demos, si sombra, luz, si estiércol, rosa.

Puesto que somos dos, es cosa, esposa,
de los dos. Hombro a hombro. Tú confía
en Dios y en mí. Yo en Dios y en ti. Si al día
sigue la noche, duerme en mí. Reposa.

Reposa en mí, mi amada. Tu cabeza
encuentre en mi rudeza fiel de amante
lo que la mía en tu delicadeza.

Hombro con hombro, amor, es lo importante.
Que para desterrar a la tristeza
nos queda mucha vida por delante.

HABLA EL POETA A LA AMADA, POR VEZ PRIMERA, DE SUS DOS HIJAS

Vinieron juntas a la pena mía
como desde tu vientre hasta la cuna.
Te quise mucho en el dolor. Alguna
vez te podré decir lo que sentía.

Vinieron juntas hasta mi alegría
cuando crecía en soledad la luna
y otoño vareaba la aceituna
de los olivos de mi Andalucía.

Hubo una vez en ti tres corazones.
Mas, como me los diste, no dispones
más que del mío en sombra, y no te vale.

O sí te vale. Mírale la llama.
Bendita sea, Dios, la doble rama
que al tronco del amor más puro sale.

OYE EL POETA A LA AMADA CANTAR A SUS DOS HIJAS

1959

Cantas. La madrugada se ha dormido.

Cantas, amor, una canción de luna.

Lenta, en vaivén, la barca de la cuna
boga, yo no sé cómo, hacia el olvido.

Cantas, para que el sueño, malherido,
regrese al corazón. Una por una,
las horas ruedan sin piedad ninguna
hacia un yo no sé dónde conocido.

Cantas, y se adormece cuando cantas,
una, la noche, dos, nuestra locura
y mis tristezas, mil yo no sé cuántas.

Mira cómo despierta la hermosura
al par que vuelve el sueño y me levanta,
desde yo no sé cuándo, la ternura.